

PARA ADELGAZAR
DEL GADOSE
PESQUI



No perjudica a la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua

Venta en todas las farmacias, al precio de 9 pesetas frasco, por correo 9. Laboratorio «PESQUI», Alameda, 17. San Sebastián (Guipúzcoa) España



Interesante escena amorosa del próximo film de Harold Lloyd, sin título en español todavía. Ella es Constance Cummings. Por vez primera, Harold parece tomarse el amor en serio

Una escena del film italiano «La cantante de la ópera», película dirigida por Nunzio Malasomma, e interpretada por Giachetti y Germana Paolieri



Para El día Gráfico "cordialmente Luana Alcañiz Hollywood -32-

Una de las más destacadas figuras del cine parlante en nuestro idioma, es, sin duda, la bella actriz Luana Alcañiz, mujer de gran temperamento artístico. La notable artista dedica este recuerdo a nuestros lectores, desde la Meca del cine americano

Desde
Paris

Diez minutos de charla con la estre- lla cinematográfi- ca Marie Glory

En la estación de Vincennes abandoné el metro para tomar, como de costumbre, un taxi que había de llevarme en menos de veinte minutos hasta el simpático pueblo cinematográfico Joinville-le-Pont. El taxi se detuvo a la entrada del puente, bajo cuyos ojos pasa, lleno de recuerdos inolvidables, el Marne, célebre por el papel que pudo desempeñar durante la gran guerra. Al otro lado, cerca de la Plaza de Verdún, se levantan los Estudios de Pathé Natan, hacia donde dirigí mis pasos, con objeto de charlar unos minutos con la bellísima estrella cinematográfica Marie Glory, protagonista del film titulado «Monsieur, Madame y Bibi». Me recibió en el restaurante: una sala coquetona, llena de mesas cubiertas con manteles impecables, sobre los cuales sonreían graciosamente unas flores.

—Ha sido usted muy puntual— fueron sus primeras palabras.

—Como siempre.

—¿Qué desea de mí?

—Quiero que me cuente cómo hicieron «Monsieur, Madame y Bibi», esa película en la que usted aparece maravillosamente, derrochando toda su gracia.

—Pues, verá usted: Jean Boyer y Max Neufeld que, como sabrá, son los directores, andaban buscando una figura capaz de satisfacer todas las exigencias del rol. Y, por fortuna, se fijaron en mí. Es una suerte, ¿para qué negarlo? Cuando le supe creí volverme loca de alegría. Y estudié mi papel con entusiasmo, segura de llevarlo a la realidad como nadie.

—¿Quiénes han sido sus compañeros de trabajo?

—Florella, Suzanne Préville, Jean Dax, René Lefebvre y un «chien».

—¿Quedó usted contenta del asunto, después de su lectura?

—Sí; era muy interesante. Le aseguro que no se ha realizado una película de este género, desde hace muchísimo tiempo. Tiene escenas de una comicidad grandísima. Con decirle que yo misma he reído infinitas veces mientras las rodaba...

—¿Cuántos films lleva usted hechos?

—Diecisiete.

—¿En cuál de ellos cree estar mejor?

—En este que acabamos de nombrar: «Monsieur, Madame y Bibi», precisamente. Cuando usted lo vea me dirá que tengo razón.

Salimos a la calle. Marie Glory sintió deseos de embarcar en una «piragua» del Marne. Tuve que com-



Marie Glory, la exquisita actriz francesa, de grato recuerdo, a quien tendremos ocasión de admirar en la próxima temporada cinematográfica en varias de sus deliciosas creaciones.

placería. Uno de los socios del Club Náutico nos la proporcionó: pequeña, estrecha, pintada de verde. Eran las doce de la mañana y el sol quemaba como nunca, cosa extraña en Paris. A la media hora de paseo, nos entregamos al viento que de vez en cuando acariciaba agradablemente nuestras mejillas. Entonces volví a preguntarla:

—¿Quiere usted contarme el argumento de su última película? Me tiene intrigado. ¿Como la ha elogiado tanto?

—Pues, verá: Un hombre casado se enamora de su secretaria, mientras el jefe de su oficina quiere robarle la mujer porque le ha parecido en-

cantadora. Cuando le dice que ha de acompañarle en su viaje a Norteamérica, ella se indigna... Bueno, no sigo. Estoy pensando que debe usted ver este film cuanto antes. Si se lo cuenta no le sorprenderán después sus muchas escenas preciosísimas. Véalo.

Minutos después, huyendo del sol abrasador, tomábamos un aperitivo en el «Café Paris», cerca de la «gare», discutiendo de arte, de literatura, de amor y de otras cosas más interesantes. Pero eso ya no es cine, lector.

M. A.

LA VOZ DE ALERTA

¿HACIA EL OCASO?



Ruth Selwyn, una hermosa rubia que parece ser la encarnación de esa nueva modalidad frívola que se advierte en buena parte de las producciones americanas, especialmente desde la innovación parlante

Es imposible negarlo. La realidad es evidente. El cine yanqui, la cuarta industria del país de los dólares, comienza a resbalar por la pendiente que conduce rápidamente al fracaso.

Es imposible negarlo, repítamelo. El cine yanqui ha perdido la hegemonía mundial y está en trance de perderla más todavía, si bien es indudable que conserva todavía su preponderancia.

El cine yanqui se halla en contraste con el cine europeo. Un cine europeo remozado, que vuelve por sus fueros de antaño. Y el film americano no resulta tan grato a los espectadores del Viejo Continente como lo resultan las nuevas producciones europeas.

Sus tendencias son tan distintas, que parece difícil lleguen a encontrarse como los que patroncan la nave de la cinematografía no den un firme cambio de rumbo.

El público europeo lleva encima toda la historia del mundo, toda la historia del arte. Es de paladar estragado y a la par exquisito. Descubre los nuevos valores, gusta de los nuevos espectáculos; pero desea una constante variación.

El público americano—el yanqui sobre todo, especialmente y absolutamente—, es un público joven. Se deja llevar. Le agrada que le orienten y su gusto es aquel que le imponen. Lo admite.

Ahí está la diferencia que esos señores de allende el Atlántico, los que mangonean los millones de oro de la industria cinesca no han sabido aceptar todavía. O por lo menos no han querido comprender.

Europa no admite imposiciones en sus gustos: es ella quien los decreta. América—Norteamérica, sobre todo— acepta lo que sus directores dicen es su gusto. Y cuando algo le agrada, acude a verlo una, dos, tres, infinidad de veces. Y se conforma con que le repitan los éxitos en otros films de escasas variantes.

Europa no quiere los films en serie. Le gustó una cosa una vez, pero esto no quiere decir que le agrade siempre.

Ahí radica la ventaja que los productores europeos tienen sobre los yanquis. Que conocen a su público, y además han sabido aprovechar la oportunidad de saberle harto de cosas y tipos de sus propios países que le han sido presentados bajo el pri-

ma estrafalario de los yanquis. Esto y el hecho de que los americanos iban perdidos en los comienzos del cine sonoro. Que no supieron comprender que la innovación lo revolucionaba todo radicalmente.

Y mientras América ofrecía las más de las veces un teatro cinematografiado, Europa mostraba verdaderas maravillas adaptando la sincronización al cine, no el cine a la sincronización.

Y en el gusto europeo, se inició el ocaso del film yanqui.

Pero el mal no se ha agudizado. Y nos fuerza a lanzar la voz de alarma ante la orientación errónea que siguen buena parte de los films yanquis. Porque estamos convencidos que América puede producir brillantemente, muy brillantemente, como antaño... o por lo menos yendo del brazo con su arte joven, pero personal, al lado de la vieja y remozada cinematografía europea.

Pero, dejémoslo para la próxima ocasión.

JOTEMACHE